

086. El Padre de Jesucristo...

Moisés se queda pasmado ante lo que ve: *- ¡Esa zarza que está ardiendo, y no acaba de consumirse!... Se acerca a ella en la cima del monte, y una voz tremenda le tira para atrás: - ¡Moisés, Moisés! No te acerques sin quitarte las sandalias. Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob (Éxodo 3,4-6)*

Esto era el Dios del Antiguo Testamento: un Dios santo, un Dios que sobrepasaba toda la creación, un Dios que infundía miedo. Después, cuando en este mismo lugar del Sinaí dicte su Ley entre truenos y relámpagos, con estremecimiento de toda la montaña, infundirá a Israel verdadero terror. Era un Dios a quien nadie había visto ni nadie se podía imaginar cómo era, y que se identificaba al hablar a Israel con estas palabras: *- Soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob...*

Y ahora, ¿cómo llamamos a Dios? ¡Hay que ver cómo han cambiado las cosas en el Nuevo Testamento! Ahora lo llamamos, siguiendo una expresión bella, bellísima, de San Pablo: el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo... (2Corintios 1,3; Efesios 1,3; Colosenses 1,3)

¡Claro! Conociendo a Jesús, conocemos a Dios nuestro Padre celestial. Y conociéndolo, desaparecieron el miedo y el terror, para dar paso a un amor tierno, filial, cariñoso. Siempre es actual la tan repetida escena de la joven Doctora Teresa del Niño Jesús. Está con la aguja y tela en mano cose que te cose, pero su rostro se le ve encendido. Entra una compañera, y le pregunta con bastante extrañeza: *- ¿Qué le pasa, Sor Teresa? A lo que ella responde, casi fuera de sí por la emoción: - ¡Es tan bello llamar “Padre” a Dios!...*

Y le llamamos así, “¡Padre!”, porque es el Padre de nuestro Señor Jesucristo; es el Dios que mira a Jesucristo como el Hijo suyo y el mayor entre sus muchos hermanos, que somos nosotros.

Por eso nosotros, que nos vemos hermanos en Jesús, le llamamos a Dios con toda verdad: *Padre de nuestro Señor Jesucristo, y Padre nuestro celestial.*

No nos empeñemos en ver a Dios, porque no lo veremos aquí. El Evangelio nos lo tiene dicho muy claro: *- A Dios no lo ha visto nadie. Pero hay alguien que, siendo hombre como nosotros, lo había visto y lo conocía bien: Jesucristo, el Hijo único de Dios hecho hombre, que estaba en el seno del Padre, y al venir entre nosotros nos lo ha dado a conocer (Juan 1,8)*

Ya San Ireneo, en los principios de la Iglesia, lo decía con un juego feliz de palabras.

- Tú, ¿has visto al Padre de este Jesús?

- No, porque dicen que no se le puede ver.

- ¡Ah! Pues yo sí que lo he visto.

- ¿Cómo? Si dicen que eso es imposible.

- No; ¡qué va a ser imposible! Es bien fácil. Mira detenidamente a Jesús, y ves a su Padre Dios. Porque, aunque no se puede ver al Padre del Hijo, se puede ver al Hijo del Padre (Dialogada una frase de Ireneo)

Los hombres de todas las religiones han querido siempre saber cómo es Dios, y no lo han sabido nunca. Quisieron representarse al Dios que tenían en la cabeza, y lo mismo aparecía en la piedra el Sol brillando en el cielo, que aparecía la figura horrible de un monstruo.

En la Última Cena se lo dice Jesús a Felipe, que le pide con desenfado:

- *Señor, muéstranos al Padre de una vez, y con eso tenemos bastante.*

Jesús no se impacienta, y responde con amabilidad: -*Felipe, tanto tiempo que llevo con vosotros, ¿y aún no me conoces? El que me ve a mí, ve al Padre (J.14,8)*

Esto que parece un imposible, el cristiano lo ve con claridad meridiana, porque tiene el don de la fe que le ha regalado Jesucristo, pues son tuyas estas palabras: -*Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (Mateo 11,27).* ¡Y a los cristianos nos ha hecho Jesús esta merced!

En tiempo de las persecuciones del Imperio Romano, el mártir está siendo destrozado por los azotes; pero se le vuelve al procónsul, y le dice: -*Cuanto más me azotan más crece en mí la confianza en Dios y en Jesucristo.*

El procónsul, extrañado: -*Entonces, hay dos dioses. ¿Cómo dicen los cristianos que no hay más que un solo Dios, Jesucristo, y por eso los matamos, por impíos, porque niegan los dioses del Imperio?*

El mártir aprovecha la ocasión que se le ofrece para dar testimonio y evangelizar a la vez: -*No; no hay dos dioses. Jesucristo es el Hijo de Dios, un solo Dios con su Padre. Esta es la esperanza de los cristianos. Por Jesucristo y por Dios su Padre padecemos, y por Él somos salvos (San Táraco)*

Ésta es nuestra fe cristiana, que nos llena de orgullo santo, de confianza, de seguridad, de felicidad, de amor, de esperanza cierta:

Dios es el Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Jesucristo es el Hijo de Dios, y Dios como su Padre.

Padre e Hijo se aman estrechísimamente por el Espíritu Santo, Dios como el Padre y el Hijo.

El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo es también nuestro Padre celestial. Y con qué gozo que lo confesamos cada domingo en el Credo: -*Creemos en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre.*

Nos quedan a nosotros muy lejos aquellos tiempos en los que Dios mismo decía a Moisés: "*Soy el Dios de Abraham el Dios de Isaac, el Dios de Jacob*"... Preferimos decirle con Pablo: -*¡Bendito seas, oh Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo!...*

Y cómo nos llena el alma poder llamar así a Dios, ¡el Padre de Jesucristo!...